

Gustavo Corni

Breve historia
del nazismo
(1920-1945)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Breve storia del nazismo*
Traducción: Pepa Linares

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Mujer de los Sudetes saluda con lágrimas y con el saludo nazi a las tropas alemanas a su entrada en el pueblo de Eger (1938)*
@ Getty / Universal History Archive
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2015 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Josefa Linares de la Puerta, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-705-6
Depósito legal: M. 4.156-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
11	1. El nacimiento de la República de Weimar
21	2. Del «Partido de la cervecería» a la formación del partido nacional
43	3. La crisis económica y la imparable subida al poder del nacionalsocialismo
56	4. Adhesión de las masas y cooptación en el vértice: Hitler canciller
68	5. La construcción de la dictadura (1933-1934)
81	6. El Estado de Hitler
99	7. La política económica y social
111	8. Consenso, discrepancia y el mito del <i>Führer</i>
126	9. La persecución de los judíos y el Estado racista
142	10. La política exterior antes de la guerra
164	11. Las victorias alemanas (1939-1940)
174	12. La guerra ideológica en el Este y el exterminio de los judíos
207	13. Stalingrado y la comunidad del pueblo ante la guerra total
225	14. Del golpe de Estado fallido al hundimiento
238	Epílogo
243	Notas
261	Índice onomástico

Introducción

Con esta obra, resumen de una trayectoria personal de varios decenios de investigación, me propongo situar la historia del nazismo, dirigido desde 1920 por Adolf Hitler, en los contextos que le son propios: la historia de Alemania y la historia de Europa. Ambas fundamentales, como demuestran los efectos que las decisiones políticas de los nacionalsocialistas tuvieron a escala europea y mundial: una guerra de dimensiones espantosas que afectó a todo el continente y produjo decenas de millones de muertos entre civiles y combatientes, así como el intento de exterminio de la población judía de Europa. Otro de los nexos del nacionalsocialismo con la historia europea fue el atractivo que tuvo la ideología nacionalsocialista para una parte de la población de los territorios ocupados, satélites o aliados, sobre todo en clave de antisemitismo y anticomunismo.

Aún parece más necesario relacionar el movimiento hitleriano con la Alemania posterior a la derrota de la

Primera Guerra Mundial. Cabe identificar dos indicadores. En primer lugar, de 1930 a enero de 1933, cuando Hitler obtuvo por vía constitucional el cargo de canciller del Reich, su mensaje logró convencer a varios millones de ciudadanos de ambos sexos para que votaran al partido de la cruz gamada.

Y si damos un salto adelante de quince años, hasta la última fase de la guerra, cuando ya se vislumbraba la derrota, vemos que aún eran muchos los que mantenían una obediencia absoluta al *Führer*. Las dictaduras no suelen acabar con grupos de niños que se dejan matar por las calles de la capital, movidos por un «fuego sagrado». Ni tampoco con aparatos burocráticos, hasta poco antes ejecutores de las órdenes procedentes del vértice del poder, que no intenten «subirse al carro de los vencedores».

Igualmente interesante resulta observar que aquel período histórico se clausurara a partir de 1945 sin consecuencias políticas de relieve. El nazismo acabó en 1945. No puede decirse otro tanto del fascismo italiano.

1. El nacimiento de la República de Weimar

El 29 de octubre de 1918 estallaba en el puerto de Wilhelmshaven una revuelta de marineros a la que se sumaron los obreros del arsenal. Impulsada por un vago propósito de cambiar la situación, fue sobre todo consecuencia de la frustración y el cansancio. Después de las esperanzas depositadas en la ofensiva de primavera que había llevado a la vanguardia alemana hasta el Marne, la contraofensiva de los Aliados, superiores en hombres y medios, no dio tregua, y las tropas alemanas luchaban ya únicamente para defender las fronteras del Reich. Los acorazados, inactivos en los puertos durante los cuatro años anteriores, todo el tiempo que había durado el brutal conflicto que ensangrentó Europa, debían salir ahora a presentar la última batalla. El carácter absurdo de la orden provocó la reacción de los marineros. Recordemos que durante el invierno anterior habían muerto por enfermedades rela-

cionadas con la desnutrición más de medio millón de ancianos, mujeres y niños¹.

En pocos días se produjo una reacción en cadena: huelgas en las zonas industriales con numerosas movilizaciones en forma de consejos de obreros y soldados que pretendían «actuar como en Rusia»². En realidad, el Ejército continuaba resistiendo en la defensa de las fronteras occidentales, pero a sus espaldas había cedido ya el «frente interior», que era decisivo para la extenuante «guerra de materiales». En cierto sentido llevaba razón el mariscal Paul von Hindenburg, que desde agosto de 1916 dirigía el mando supremo del Ejército y adoptaba las decisiones políticas del Reich, cuando, después de ceder el poder al gobierno civil, lanzó la acusación de la *Dolchstosslegende* o «leyenda de la puñalada por la espalda». El Ejército estaba invicto y la responsabilidad de la derrota correspondía a los traidores: la clase obrera politizada que había sucumbido a la llamada de la revolución comunista; una instrumentalización muy útil para descargar a la cúpula militar de responsabilidades políticas, entre las que se contaba el haber provocado la entrada de Estados Unidos en el conflicto al proclamar el 1 de febrero de 1917 la guerra submarina ilimitada.

Las consecuencias no se hicieron esperar. El primer soberano en retirarse fue Luis III de Baviera, que el 7 de noviembre abdicó y abandonó Múnich. Durante las horas que siguieron, el socialista Kurt Eisner, perteneciente al ala radical del Partido Socialdemócrata, proclamó la República de los consejos obreros y anunció la formación de una asamblea constituyente³. El emperador Guillermo, encerrado en el cuartel general de Spa (Bélgica),

quiso resistir, pero en Berlín la situación estaba al rojo vivo. Para rebajar la tensión, el 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la República desde un balcón del Reichstag. Guillermo se refugió en Holanda junto con el príncipe heredero. El canciller saliente, príncipe Max von Baden, encargó la formación del nuevo gobierno al dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert. Ebert comprometió a los otros dos partidos que en la primavera de 1917 habían firmado en el Parlamento una moción solicitando el comienzo de las negociaciones de paz. Los socialdemócratas gobernaron junto a los católicos del *Zentrum* y a los demócratas liberales del *Deutsche Demokratische Partei*.

Así fue cómo Alemania convirtió en práctica política lo que unos meses después resultaría imposible en Italia. De las elecciones de noviembre de 1919 al Parlamento de este último país, sacudido por la frustración de la llamada «victoria mutilada» y por agitaciones no menos violentas que las del otro lado de los Alpes, salieron victoriosos los socialistas y el nuevo Partido Popular, de carácter católico. Un resultado debido al sufragio universal masculino y al sistema electoral proporcional introducido por la clase dirigente liberal con la intención de conservar el poder. Sin embargo, la coalición de los dos partidos jamás vio la luz a causa de divergencias insuperables.

Pero volvamos al caso alemán. El 11 de noviembre, en el bosque de Compiègne, los representantes alemanes firmaban el armisticio con la Entente. La guerra había costado a Alemania –que ocupaba el segundo puesto detrás del Imperio austro-húngaro en la terrible clasificación– más de 2 millones de caídos y más de 4 millones de

heridos. Un millón de viudas de guerra y un millón y medio de huérfanos representaban no solo un drama humano, sino también un problema económico, dado que el gobierno socialdemócrata-católico concedió pensiones que gravaban el presupuesto nacional⁴.

El nuevo gobierno tenía que actuar en una situación plagada de limitaciones. En el plano internacional, los vencedores, presionados principalmente por una Francia empeñada en evitar un futuro ataque, impusieron unas condiciones durísimas al Reich. Presionando con un bloqueo comercial que habría podido agravar la crisis alimentaria, las delegaciones de los vencedores, reunidas en París (del 18 de enero al 28 de junio de 1919), impusieron a Alemania el estatus de único responsable de la guerra, con unas condiciones asfixiantes. Alemania tuvo que ceder territorios tan importantes como Alsacia y Lorena, que volvieron a ser de soberanía francesa; la parte norte de Schleswig-Holstein pasó a Dinamarca; y el Sarre quedó sometido a una administración francesa de quince años de duración. Las provincias orientales de Prusia Occidental, de Pomerania y de Silesia, habitadas por una población mixta de alemanes y polacos, se hallaban en el punto de mira del renacido Estado polaco. Mediante plebiscitos y choques entre milicias nacionalistas de signo opuesto, Polonia se incorporó una gran parte de los territorios limítrofes⁵. Emigró más de medio millón de su población de habla alemana. Además, por voluntad de los vencedores, Polonia adquirió el llamado «pasillo de Danzig o corredor polaco», que le permitía la salida al mar Báltico. De ese modo, Prusia Oriental quedó separada del resto del

Reich. Al final del pasillo, en la desembocadura del Vístula, la ciudad de Danzig, habitada en su mayor parte por hablantes de alemán, estaba rodeada de territorio polaco. Veinte años después, Hitler utilizaría la difícil situación de la ciudad hanseática como pretexto para desencadenar la Segunda Guerra Mundial. En total, el Reich perdió el 13% de su superficie y un décima parte de la población anterior a la guerra.

Pero hubo más. Las duras imposiciones militares de los vencedores redujeron la *Reichswehr* a la condición de un Ejército modesto, incapaz de combatir en igualdad de condiciones. La flota oceánica formada por acorazados debía entregarse a Gran Bretaña en concepto de reparación parcial de los costes de guerra, pero en junio de 1919, con tal de no ceder a las exigencias británicas, la mayor parte de los navíos alemanes (entre ellos 15 de los 16 acorazados que tenían) fue hundida a propósito en la rada escocesa de Scapa Flow. Además, para evitar el peligro de una venganza por parte alemana, el gobierno francés impuso en las cláusulas del tratado de paz la desmilitarización de Renania, un amplio territorio de la frontera entre Francia y Alemania.

Finalmente, los vencedores decidieron imponer a Alemania un gravamen económico capaz de evitar cualquier veleidad de recuperación. Quien más presionó en este sentido fue Clemenceau, el primer ministro francés, aunque el *premier* británico Lloyd George acabó poniéndose de su parte. Existían, desde luego, motivos económicos: ¿cómo hacer frente a la enorme deuda pública contraída para sacar adelante el esfuerzo bélico?, ¿cómo devolver a Estados Unidos la deuda de 4,7 millardos de

dólares (de la época) por parte británica y de 4 por parte de Francia, a los que había que sumar los 3 millardos que París debía a Londres?

El economista inglés John M. Keynes criticó el planteamiento, convencido de que al hipotecar de aquella forma la recuperación de la economía alemana no solo se perjudicaría al país derrotado, sino también a todo el sistema internacional. Expuso su crítica en un libelo titulado *Las consecuencias económicas de la paz*.

En aquella reunión de París de 1919 solo quedó establecido el concepto de reparación, según el cual Alemania debía devolver a los países vencedores lo que estos habían gastado en la guerra. En varios congresos posteriores se fijó la suma total en 269 millardos de marcos-oro, equivalente al valor de unas 100.000 toneladas de ese metal. Era una suma enorme, que en valores actuales superaría los 800 millardos de dólares. Más tarde, en una reunión celebrada en París en enero de 1921, la suma se rebajó a 132 millardos de marcos-oro⁶.

Se trataba de una imposición muy onerosa que el Reich debía pagar en mercancías y dinero contante. Pero para satisfacer las cuotas tenía que reactivar una economía aplastada a su vez por esas mismas cargas, lo que mantenía al país en una especie de círculo vicioso. Por otro lado, para abonarlas (además de sostener los costes sociales del Estado benefactor), el gobierno alemán tuvo que ampliar la circulación monetaria, lo que provocó un proceso inflacionario que estallaría en 1923.

Pero volvamos a la situación de la posguerra inmediata. El gobierno alemán debía vérselas con nuevos sujetos políticos difíciles de controlar. En distintas partes

del país, en Múnich por ejemplo, se formaron gobiernos revolucionarios y se produjeron un gran número de huelgas que mezclaban motivos socioeconómicos y políticos. Los «cuerpos francos» (*Freikorps*), grupos ultranacionalistas formados por antiguos militares, no solo actuaban en las fronteras orientales para defender los intereses alemanes, sino también dentro del país, en clave antirrevolucionaria. Además, para muchos excombatientes resultaba difícil reinsertarse en la vida civil. Oficiales y suboficiales estaban acostumbrados a mandar, a obedecer y a actuar. El resultado fue una militarización de la vida colectiva que tuvo su reflejo en la esfera política. Los *Freikorps* se agrupaban alrededor de las figuras carismáticas de algunos exoficiales⁷. A su vez, el gobierno de coalición presidido por Ebert, preocupado por defender la paz interior, dio a esos cuerpos una cobertura política y se sirvió de ellos para reprimir la subversión, conforme a un acuerdo firmado por el ministro de Defensa, el socialdemócrata Gustav Noske, y el general Wilhelm Groener.

Siguiendo este acuerdo, durante los primeros días de enero de 1919 los *Freikorps* intervinieron en la represión del intento insurreccional de la *Spartakusbund* o Liga Espartaquista; este grupo revolucionario actuaba a las órdenes de dos exponentes muy importantes de la socialdemocracia: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Ambos consideraban favorable la coyuntura posbélica para llevar a cabo una transformación radical de Alemania. El 5 de enero, los espartaquistas desencadenaron una insurrección que duró una semana y fue sangrientamente sofocada por los *Freikorps*. Liebknecht y Rosa Luxembur-

go murieron asesinados. Durante los meses siguientes estallaron varias insurrecciones comunistas en otras zonas del país, como en Múnich, donde la originaria República de los consejos obreros acabó el 21 de febrero de 1919, cuando un extremista de derechas mató a Kurt Eisner. Otras ciudades siguieron el ejemplo muniqués; entre ellas Bremen, bastión del radicalismo obrero. De nuevo tuvieron que intervenir los *Freikorps* para frenar la intentona revolucionaria con una violenta represión. Solo en Múnich hubo 600 muertos, 5000 detenciones y más de 200 procesos.

Un año después sería la extrema derecha la que intentaría asestar un golpe a la frágil República. El 12 de marzo de 1920, Wolfgang Kapp, funcionario del gobierno prusiano y uno de los fundadores del *Vaterlandspartei*, que agrupaba a conservadores y nostálgicos de la monarquía, dio un golpe de Estado apoyado por varios miembros de los *Freikorps*. En un primer momento, la opinión pública –que el año anterior, con ocasión de las elecciones a la Asamblea Nacional constituyente, había dado más del 66% a los tres partidos que sostenían la República– pareció dispuesta a aceptar la inevitable derrota. La propia oficialidad del Ejército se mantuvo a la expectativa. Era, ciertamente, una «República sin republicanos». Una exitosa huelga general convocada por los sindicatos el 13 de marzo, de cuatro días de duración, aisló a los responsables del *putsch*.

A pesar de estos desórdenes, fuerza es reconocer la gran capacidad de supervivencia de la recién nacida República, así como su compromiso para sentar las bases de un orden constitucional moderno.

1. El nacimiento de la República de Weimar

La Constitución, elaborada por la Asamblea Nacional en su refugio de Weimar (la Asamblea se reunió entre febrero y agosto de 1919 en esa ciudad de Turingia, símbolo de la cultura alemana, donde nacieron Goethe y Schiller), fue redactada por un grupo de intelectuales y juristas. Contenía numerosos elementos de modernidad, especialmente en lo relativo a principios sociales, como la igualdad de derechos para las mujeres y los hombres, la supremacía del interés general sobre la propiedad privada y la cogestión de empresarios y trabajadores en la toma de decisiones (*Mitbestimmung*). Se trataba de una Constitución de tipo parlamentario, en la que el gobierno dependía de la mayoría del Parlamento, que se elegía según un sistema proporcional y de sufragio universal. Con todo, para evitar el riesgo del predominio exclusivo de los partidos, los constituyentes habían previsto que en casos excepcionales (*Notstand*), el presidente del Reich, elegido por el pueblo, asumiera poderes extraordinarios y nombrara un gobierno de su confianza. El presidente actuaba como un «sustituto del emperador». Pero el recurso presentaba un problema: solo el presidente tenía la facultad de establecer cuándo se daba la situación de urgencia y cuándo terminaba.

Se renovó también el sistema de partidos. El SPD (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, Partido Socialdemócrata de Alemania) reforzó su vocación reformista, y se consolidó un «centro» democrático formado por el DDP (*Deutsche Demokratische Partei*, Partido Democrático Alemán) y el DVP (*Deutsche Volkspartei*, Partido Popular Alemán), el cual gobernaría la República durante toda la década de 1920 con estadistas de la talla de

Gustav Stresemann. La derecha conservadora, representada por el DNVP (*Deutschnationale Volkspartei*, Partido Nacional del Pueblo Alemán), aceptó, aunque de mala gana, la legitimidad de las instituciones republicanas, y otro tanto hicieron las asociaciones representativas de los intereses económicos. Era una situación política frágil e inestable, entre otras razones por sostenerse en un sistema electoral proporcional que favorecía la dispersión del voto; así, hasta la subida de Hitler a la cancillería, en enero de 1933, la República vio alternarse 18 gobiernos en 14 años, muchos de ellos minoritarios en el Parlamento, que debían contar con el apoyo externo de los votos del SPD.

La comparación con el caso italiano demuestra lo infundado de las interpretaciones que solo quieren ver en el periodo republicano la antesala del régimen de Hitler. El sistema liberal de la Italia vencedora cedió ante la amenaza fascista sin capacidad para reaccionar, mientras que, al otro lado de los Alpes, la débil «República sin republicanos» resistió catorce años.

2. Del «Partido de la cervecería» a la formación del partido nacional

A comienzos de 1919 un nuevo partido hizo su aparición en la escena política de la capital bávara. Se trataba del *Deutsche Arbeiterpartei* (Partido de los Trabajadores Alemanes, DAP), fundado por el ferroviario Anton Drexler y por el periodista Karl Harrer; era un partido minúsculo que se reunía en las cervecerías. La denominación de este pequeño partido es significativa porque trasluce la intención de ofrecer a la clase obrera una tendencia política nacionalista capaz de apartarla de inclinaciones revolucionarias. Era la consecuencia de la muy difundida «leyenda de la puñalada por la espalda».

Se trataba de una actitud política e ideológica semejante a la que encontramos en el primer fascismo italiano; basta con analizar el programa de los Fascios de Combate aprobado en Milán el 23 de marzo de 1919. También el DAP mezclaba el anticapitalismo con una fuerte hos-

tilidad hacia las instituciones democráticas y con un encendido nacionalismo.

Como en el caso de otras formaciones políticas de Múnich, los servicios de información de la *Reichswehr* mantenían al DAP en observación. Por ese motivo, en septiembre de 1919 –probablemente después de haber participado en alguna reunión de alguna cervecería por encargo de sus superiores–, Hitler entró en el partido.

Adolf Hitler había nacido el 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, una pequeña ciudad austriaca en la frontera con Baviera, súbdito de una monarquía herida por las tensiones nacionalistas; era el cuarto hijo de Alois Hitler, un empleado aduanero de nivel medio. Así pues, nació en una monarquía decadente, cosa que supo desde su juventud, en la que quizá influyó el choque con su padre, que era un hombre de carácter difícil. Adolf mantuvo con él una relación conflictiva debido a la voluntad paterna de imponerle una disciplina dictatorial y un futuro laboral en el aparato del Estado austro-húngaro, lo que el joven, poco dado a contraer obligaciones, no deseaba aceptar. Por el contrario, demostró un fuerte apego hacia su madre, Klara Pözl. Los psicólogos, que han analizado minuciosamente su biografía, atribuyen una importancia notable a la relación de odio y de amor intenso que Adolf Hitler mantuvo, respectivamente, con su padre y su madre, y han querido ver en las tensiones de ese triángulo la génesis de su inmadurez¹.

La figura paterna desapareció pronto (en 1903), lo cual disminuyó aún más el escaso interés por los estudios que el joven Adolf mostraba. Dotado de una discreta inteligencia, sus profesores lo calificaban de inconstante e

incapaz de soportar la autoridad. Adolf terminó los estudios sin ningún título y, pese a las presiones de la madre, se negó a buscar un trabajo estable.

El núcleo de sus fantasías estaba formado por una ingenua pasión artística, que más tarde idealizaría con la imagen del genio sacrificado por el bien de la patria. Pero también aquí fracasó: por dos veces, en 1907 y 1908, vio rechazado su intento de entrar en la Academia de Bellas Artes de Viena. Pese a aquel fracaso que aumentó su resentimiento, Hitler se quedó a vivir en Viena durante cuatro años como un bohemio desocupado². En 1909, agotadas las ayudas familiares, se encontró en la miseria y se vio obligado a vivir en un albergue de vagabundos. Con veinte años, el sedicente artista se hallaba en el nivel más bajo de la escala social.

Es difícil identificar las fuentes intelectuales de la formación de Hitler durante el periodo vienés, que fue importante aunque no decisivo, como luego él sostendría en *Mein Kampf*. No fue aquel su verdadero aprendizaje político, porque en la vida del joven continuaba predominando el sueño artístico. La dificultad de distinguir la verdad en las sucesivas reconstrucciones que hizo de aquella época se debe a su reticencia a reconocer deudas intelectuales. Leía de todo, pero sin método, y sus lecturas, en vez de proporcionarle nuevos conocimientos, debieron de servirle para confirmar opiniones previas. Una de las fuentes decisivas de su formación fue la música de Wagner, en la que Hitler veía el genio titánico del pueblo alemán.

No menos importantes fueron las lecturas de libelos y prensa antisemita, muy difundidos por entonces en la

capital austriaca, donde se concentraba el mayor porcentaje de judíos de una ciudad europea; en 1910 constituían el 8,6% de la población³. Para Hitler, esta experiencia con los judíos del Este fue traumática. También fue importante el influjo de las corrientes pangermanistas que luchaban por la unificación de todos los alemanes, y cuyo ejemplo era el alcalde Karl Lueger, populista y gran orador, que aspiraba a conquistar el consenso del «populacho» amenazado por los cambios económicos y la crisis de la monarquía. De Lueger, Hitler aprendió a dirigirse a las masas excitando sus instintos más bajos.

Desilusionado de la experiencia vienesa y tal vez para evitar el reclutamiento militar, el 24 de mayo de 1913 abandonó la capital para refugiarse en Múnich. Continuó viviendo sin ningún proyecto y saliendo adelante gracias a la venta de algunos cuadritos, copias de los principales edificios de la ciudad.

Años después, resumiría de este modo sus sentimientos al estallar la guerra:

También a mí aquellas horas me parecieron una liberación de las fastidiosas impresiones de mi juventud. Y no me avergüenza decir todavía hoy que, arrastrado por la tempestad del entusiasmo, me puse de rodillas y agradecí al cielo el hecho de vivir en una época semejante (*Mein Kampf*, p. 187)⁴.

Era el final del «asfixiante bochorno» que había sentido en Viena y el comienzo de una época nueva. Se trataba de unos sentimientos muy extendidos, y no solo en Alemania. Las nuevas generaciones, sobre todo, saludaron con entusiasmo el estallido de la guerra, convencidas

de que les brindaría grandes oportunidades de autoafirmación⁵. En los primeros días de agosto, Adolf se presentó voluntario en la oficina de reclutamiento y quedó alistado en un regimiento de infantería.

Fue, en sus palabras, el periodo «más feliz y con mucho el más satisfactorio» (*Mein Kampf*, p. 185) de su vida. En la guerra se encontró muy a gusto y se mostró menos hueraño, aunque nunca consiguió integrarse en el ambiente de camaradería existente en las trincheras, pues su labor como estafeta le obligaba a pasar mucho tiempo a solas. Aun así, se ganó la estima de oficiales y compañeros.

Cuando lo trasladaron al frente de Flandes demostró ser un buen soldado, hasta el punto de merecer dos condecoraciones. Por primera vez en su vida se demostró a sí mismo, y demostró a los demás, que sabía realizar tareas importantes. En octubre de 1916 le hirieron por primera vez en las piernas, y dos años después sufrió una intoxicación de gas cerca de Ypres.

Se encontraba ingresado por una ceguera temporal en el hospital de Pasewalk (Pomerania), cuando, el 21 de octubre de 1918, le llegó la noticia del final de la guerra: el emperador había huido, la revolución había estallado y Alemania estaba derrotada. De nuevo se desvanecían sus sueños y se afianzaba dentro de él la idea de que tanto su fracaso como la derrota de la «patria» alemana eran responsabilidad de terceros. Su cólera se dirigía sobre todo contra los judíos y los comunistas, acusados de debilitar la moral en el frente interior.

«De esta manera fue como decidí hacerme político» (*Mein Kampf*, p. 211). Suena a una sencilla elección de vida, consecuencia de una súbita toma de conciencia. La